

Entre lo humano y lo divino

Leonor Domínguez Valdez

La vida del hombre se debate en un tránsito permanente entre lo absolutamente humano, lo pedestre y la animalidad pura. El encuentro eterno y la batalla frontal y despiadada entre unos y otros. La esencia animal de los sujetos se hace manifiesta cuando éstos defienden cada uno su territorio, su espacio, su derecho a la vida.

La naturaleza humana guarda también otra dimensión, el ser humano busca el ascenso, la trascendencia y la elevación. El cerebro humano se ha desarrollado mucho más que el de cualquiera de sus primos hermanos y con ello, también ha surgido en él, el sentido de aquello que responde al llamado del espíritu, entendido este último, como el estadio máximo de la evolución mental del individuo.

La naturaleza espiritual del hombre no reside en la materia, aunque nace de ella. La materia corpórea le es insoslayable e insustituible.

La respuesta humana al llamado del espíritu sitúa al sujeto en otra dimensión de la existencia; en realidad, es desde ahí, desde donde el sujeto se asume como existente—ser que se distingue de los entes, sintiente y sufriente—doliendo y amante.

El sujeto reconoce su llamado a compartir la divinidad, desde el momento en que se asume como un ser consciente de sus sentimientos. La persona sabe lo que le emociona, lo que le mueve y sabe lo que le afecta, conoce y reconoce sus afectos, sabe lo que siente, pues además de inteligencia tiene sentimientos y vive envuelto en ellos, por ellos.

El ser pensante, inteligente, es un sujeto sensible, pues no hay pasión mayor que la que mueve a la persona a comprometerse con la acción creadora del Eterno.

Todo aquel que crea cree, vive y vibra con algo y con alguien, se compromete y se hace responsable, y con ello le dota de sentido a su existencia y acaso contribuye con el desarrollo expansivo de la conciencia humana. El sujeto creativo se funde con el coro que entona el himno que se eleva al universo. Himno cósmico, lenguaje del espíritu que por momentos se escinde de su continente, el cuerpo.

Es del cuerpo de donde brotan como manantiales los actos más brutales, los más abyectos, los más terribles. Es el cuerpo sin voluntad del hombre el que se abalanza como fiera sobre su presa.

Leonor Paulina Domínguez Valdés

Profesora de tiempo e investigadora en el Departamento de Humanidades de la UIA-Laguna. leonor.dominguez@lag.uia.mx



Es el cuerpo el que profiere las sentencias más duras, el juicio que destruye sin posibilidad alguna de reparación de daños.

Es el cuerpo el que tiembla de ira, sentimiento que busca contenerse o ser contenido por sí mismo o por otro. El cuerpo es el recinto del miedo, causa fundante de todo sentimiento negativo. Toda agresión real o imaginaria es una forma de expresión del deseo de destruir aquello que se teme o se envidia.

La envidia es el sentimiento que expresa el deseo de poseer aquello de lo que se carece, aquello que pudo haberse tenido, haber sido y no fue, paraíso perdido, derrota propia y triunfo del más próximo.

La lucha por el poder es signo distintivo de nuestra naturaleza animal, de nuestra inconsciencia. En la lucha por el poder, el sujeto lucha por ocupar el puesto del otro, por poseer lo que tiene el otro, tal vez por ser lo que es el otro.

El cuerpo del hombre es solamente un continente, receptáculo neutro de lo humano y lo divino, de lo absurdo y lo sublime. Eso es el cuerpo, solamente un recipiente que bien puede dibujar en su piel, la geografía del infinito como lo inconmensurable y siempre profundo, siempre promisorio y todo futuro.

Cuerpo patria de la bondad del ser y cuerpo casa de la locura, morada del mal, lugar de residencia de la autenticidad plena y tierra de refugio de lo inauténtico. Cuerpo, piel que se extiende hacia todos los confines y todo lo cubre, lo arropa, lo tapa, lo envuelve, todo, todo. Envuelve las entrañas de la bestia y cubre delicadamente el corazón de la persona humana.

Los sujetos (mujeres y hombres) se hacen dioses desde su humanidad, finitud que jamás comprenderá la eternidad, capacidad de especular, inventar, idear, pensar en que algún día serán diosas-dioses. Es la limitación humana la que convierte en criaturas amables a todas las mujeres y los hombres del mundo. Amables en su inocente manifestación de seres limitados, frágiles, vulnerables, quebrantables, tierra, ceniza y polvo.

Cuando una persona llora, entonces su animalidad ha cedido por un instante el paso a su vocación divina. El ser humano se rescata a sí mismo por el llanto, se lava con y por el llanto, se diviniza y se humaniza por el llanto y desde ahí, nunca desde otra parte, desde esa sublime expresión de los sentimientos, se hace Dios(a) por mera consecuencia de su respuesta a la invitación a la trascendencia. ♣